

una generacion de su descendencia continuará disfrutando la sombra de sus árboles, las mieses de sus sementeras, y las comodidades de las moradas que construyó con los sólidos materiales de esa misma tierra de que él levantó los primeros frutos de su cultivo. No tenemos rios caudalosos por acá, pero ni sus inundaciones que suelen causar la desolacion de los mismos campos que con sus aguas se habian enriquecido. Es cierto que carecemos de bellísimas quintas y de amenos lagos orillados de jardines y de aldeas con puente-cillos y cascadas de aguas de color de plata; mas estamos libres de temblores de tierra que, en medio de nuestras deliciosas *villas*, nos hagan dormir un sueño intranquilo con la idea de hundirnos de repente, desapareciendo nosotros junto con las ruinas de nuestros jardines y palacios. Nuestras ciudades nunca igualarán á Nápoles ó Palermo, paraísos poblados en las costas mas risueñas, orillas de un mar de olas azuladas y bajo un cielo siempre iluminado con los brillantes colores del iris... sí, sí; mas tampoco nuestras ciudades tienen montes vecinos como el Etna, el Vesubio ó el Stromboli, hornos en que, al son de truenos subterráneos, se funden sin cesar las entrañas de la tierra; enemigos invencibles que con la bandera negra del humo que arrojan en los

dias mas serenos y con sus siniestros resplandores que de noche se reflejan sobre el cielo de las mas bellas poblaciones del mundo, las tienen continuamente amenazadas con la suerte de Herculano y de Pompeya que bajo los torrentes de lava y la lluvia de cenizas del Vesubio desaparecieron en pocas horas; poblaciones cuyo vasto esqueleto, verdadero fósil de toda una civilizacion antigua, empezó á desenterrarse á los diez y ocho siglos de haber sido sepultadas aquellas ciudades ilustres y opulentas en la region mas deliciosa de ese Eden que se llama Italia....!"

Mi amigo se levantó sobre ambos estribos, y, por convencimiento ó por burla: "Puesto que es así—exclamó—¡que viva mi país!" Y aflojando la rienda á su animal, dejóle correr por el camino que entónces seguia en un terreno llano y limpio de piedras.

Yo me quedé en jarras sobre mi caballito, apretándome en ambos lados con las manos para aguantar la risa con que le veia correr como suspendido entre una nube de polvo á la claridad del sol que estaba yá como á medio cielo.

¡Dichosa juventud, primavera del corazon! Cómo los resplandores de tu alegría suelen iluminar, aun en medio del infortunio, el triste horizonte de la vida!

## A UN RUISEÑOR.

Oigo tu canto y su armonioso trino  
Mi alma enternece ó mi afliccion serena:  
Es una vaga melodia que llena  
De entusiasmo febril mi estro divino.

¿Será porque ambos con igual destino  
Cantar sabemos nuestra dicha ó pena,  
O es que existe una eléctrica cadena  
Entre el bardo cantor y el peregrino?

No sé...!—El poeta á descifrar del ave  
No se atreve la incógnita armonía.  
¡Solo él que canta, sus misterios sabe!

Mas ligado á tu sér por simpatía,  
Siempre tu acento quejumbroso y suave  
Pláceme oír al declinar el día.

PEDRO I. PEREZ.